

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. Los desengaños.—II. La verdad sospechosa.—III. Quien siembra coge.—IV. Pensamientos.—V. Nadie.—VI. Daubigny.—VII. El niño y las flores.—VIII. El Ángel de la guarda.—IX. La mano de la Providencia.—X. Despedida á la Virgen.—XI. Sección recreativa.—XII. Teatros.—XIII. Suelos, solución á la charada, charada, jeroglífico y advertencias.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipa.
Anuncios y esquelas de defunción de niños á precios convencionales.

LOS DESENGAÑOS

En los primeros albores de la vida, todo lo ve la juventud de color de rosa.

Los horizontes son infinitos, halagüeñas las esperanzas, doradas las aspiraciones.

Semejante al ave inesperta que apenas se siente con alas trata de volar y elevarse á lo más remoto del espacio, el espíritu humano, en el instante en que se da razón y cuenta de sus actos, pretende remontarse en sueños de gloria á esas regiones ignoradas que la mente adivina, pero que no llegan sino á vislumbrarse débilmente con los ojos de la inteligencia.

Todos, desde nuestros primeros días, nos forjamos un ideal grande, espléndido, que alimenta los deseos, que anima las pretensiones, que sostiene la esperanza, que sirve cual maniquí para adaptarse á todas las disposiciones de los sentidos.

Y es tan ciega nuestra fé en este ídolo á que rendimos culto, que en sus virtudes ciframos el porvenir y de sus milagos esperamos la solución de todos los problemas que eslabonan unos con otros todos los actos de la vida.

Por eso no hay cerebro de donde no broten ilusiones á millares, pero tan reales al parecer, tan factibles, sin duda alguna, para nuestros deseos, que más bien que ideas vagas, sin contornos, ni colorido, ni vida, ni realidad, son entidades poderosas, fuerzas incontrastables que han de inclinar la balanza de los acontecimientos allí donde su activa voluntad trate de producir un bien ó de realizar un capricho.

Las ilusiones son el aire vago que se infiltra en la mente soñadora, y tomando cuerpo en la esfera de las ideas, viene á llenar de una vida ficticia la energía de las acciones, la actividad del entendimiento y las aspiraciones de la voluntad.

Pero llega un día en que esa fuerza decae, ese color de rosa desaparece, esa actividad se aniquila, y en vez de tocar los sentidos la realidad que soñaron, solo se presenta ante ellos ese cuerpo impalpable y nebuloso que todo lo oscurece, que todo lo llena de sombras, que todo lo impregna de tristeza: el desengaño.

La inmensa mayoría de los individuos que forman la sociedad, han sido azotados por el fiero huracán del desengaño.

Oídlos; que os cuenten su vida; que os refieran uno á uno todos sus actos, las intenciones todas que llenaban su mente al ser impulsados á obrar, y deducireis en consecuencia que todos tenían ilusiones y que todos las han perdido; esto es, que han tocado la triste realidad del desengaño.

Se creen infelices, casi desesperados, hastiados de la vida é incapaces de creer en el bien.

Esta es la lógica de la verdad: de una semilla vana, sin germen ni vitalidad, solo puede nacer una planta sin jugo é incapaz de crecer ni dar fruto.

De un cerebro vacío, lleno del aire de las ilusiones, solo puede brotar el excepticismo y la desesperación.

Pero no es el desengaño el causante de esta desdicha; no es tampoco la ilusión misma que se ha perdido; es el mismo espíritu el que se hace infeliz por su voluntad.

Todos culpan de su infelicidad á la ilusión que no han podido realizar; ninguno se acuerda de que ésta no se vería desvanecida si no la hubiesen dado cabida en la mente.

El hombre de limitada inteligencia, de escasa energía, de corta penetración, que sin estudiar asiduamente, se cree que puede llegar á ser un sábio, encumbrado por do quiera, en todas partes admirado, y por fin solo logra el desprecio de sus semejantes; vocifera y sostiene que ha perdido sus ilusiones, que no cree en nada, que la sociedad no le ha comprendido, que no ha hecho aprecio de sus méritos.

No conoce que debió empezar por no forjarse aquellos ideales, puesto que las premisas negativas de su actitud nada afirmativo podían producir.

El que sin dedicarse al trabajo, fuente de la prosperidad, del bienestar y de la paz, piensa encontrarse de la noche á la mañana nadando en la opulencia, y va por último á parar en un asilo de beneficencia, cuando no en una cárcel pública, grita á todo el que le quiere oír, que está desengañado del mundo, que está desilusionado.

No ve, no quiere ver, sin duda, que este desengaño es una consecuencia lógica del modo que tuvo de conducirse en la sociedad.

No comprende, en modo alguno, que de ninguna manera debió, pensando de un modo racional, dar entrada en su mente á tales utopías.

Y culpa á sus semejantes y se llama infeliz porque no ha logrado lo que ambicionaba.

Y como éstos, hay millares de seres que sin título alguno para ello se creen con derecho á figurar en todas partes, á ser los oráculos de sus semejantes, á intervenir en todas las acciones y esferas de la vida social.

Mientras alimentan estas ideas, son felices; el día que la realidad les hace ver lo contrario, son desengañados, pero siempre culpando á los demás, nunca á sí propios.

Hé aquí por qué alguno ha dicho que el mayor verdugo del hombre es el hombre mismo, su misma imaginación, su misma inteligencia.

Tema la juventud entrar en el árido campo de los desengaños.

Cierto es, innegable, que la vida solo produce sinsabores sin cuento; pero no se aumente este número, ya por demás elevado, con las

infinitas contradicciones que se experimentan cuando se aspira á llegar á un punto á que no tenemos derecho ni por nuestra fuerza ni por nuestras condiciones individuales.

Sepa la generación naciente, esa pléyade de jóvenes que forman hoy el núcleo de la sociedad venidera, esa esperanza de la patria de mañana, que la única felicidad que se consigue en el mundo proviene de contentarse cada cual con sus facultades, sin pretender salir de su esfera, no siendo por la puerta del saber y de la virtud.

Icaro, elevándose con alas de cera para atravesar el espacio, y cayendo sobre la tierra, derretidas sus alas por el fuego del sol, á que imprudente quiso acercarse, es una elocuente y severa lección que nos da la Mitología para enseñarnos el deber en que estamos de mantenernos cada cual en el límite de sus aptitudes y de los vuelos de su inteligencia.

La noble ambición, el deseo innato en el alma de sobresalir entre sus iguales, nos ha sido dado por Dios para estímulo de nuestras acciones.

Pero al mismo tiempo tenemos un regulador, la razón, que nos dice lo que es prudente, lo que es lógico, lo que es inevitable, á la par que nos dicta lo que es insensato, lo que es vano, lo que es imposible.

Sígase ese camino trazado por la razón, iluminado por la inteligencia, delineado perfectamente por el sentido íntimo, y nunca las ilusiones podrán apoderarse de la mente, ni producirán esos terribles desengaños, causa de muchas catástrofes en la existencia de los individuos, origen de muchos cataclismos en la vida de los pueblos.

La esperanza, esa antorcha infinita que con sus resplandores lucientes da claridad á los caminos oscuros y tenebrosos que la planta humana recorre vacilante entre dolores y lágrimas, es inseparable compañera del corazón.

La esperanza hace entrever horas felices, instantes de ventura, momentos de bienandanza.

No se confundan, sin embargo, los rayos de la esperanza con los cárdenos reflejos de la ilusión.

Aquella es el rocío que fecundiza la planta agostada de la fé; ésta es el agua torrencial que en impetuosa corriente arranca de nuestro pecho la preciosa flor de las creencias.

La una da vida; la otra es portadora de la muerte.

Nunca debe abandonarse la primera, porque sin ella sería imposible la vida.

En ningún caso debe darse albergue á la segunda, porque con ella la existencia es un semillero de desdichas.

El pobre naufrago perdido en mar proceloso, siempre y hasta el último instante debe creer que aparecerá sobre las olas la vela salvadora que le ha de arrancar del abismo.

Pero no es racional que piense que en el mismo sitio en que lucha contra la muerte ha de surgir un continente donde pueda reposar, todo poblado de delicias y de encantos.

Quien, ciego, se deja trasportar en alas de ambiciosas pretensiones, solo hallará al fin el terrible desencanto de la realidad en su más grosera desnudez.

Los desengaños nos hacen ver lo insensato de nuestras ambiciones.

No desaprovechemos la lección.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

LA VERDAD SOSPECHOSA

Llevaban á enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz, Fermin Trigueros,
Embrollon sin igual, que de un balazo,
Cayó sin menear ni pié ni brazo.
— ¡Hola, sepulturero!
(Les dijo un oficial) ¿murió ese tuno?
— Murió, (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresion, dijo con sorna:
— Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi teniente —
A lo cual replicó su camarada:
— No dé usted á Fermin crédito en nada;
Siempre embustero fué: su fin es cierto;
Pero áun miente el bribon despues de muerto.
Quien falte á la verdad, con eso cuente:
Dirá que hay Dios, y le dirán que miente

J. E. HARTZENBUSCH

QUIEN SIEMBRA COGE

(Conclusion)

El aspecto de la pobre familia habia variado por completo. El padre estaba ya fuerte y bueno; la madre sonreía llena de esperanza, y Miguel rebosaba de satisfacción, porque desde la visita de la condesa no les habia faltado nada. Hasta ropas habian recibido de su bondadosa bienhechora.

Renunciamos á describir la escena que tuvo allí lugar, al recibir aquel padre desgraciado el mayor de los beneficios que podia desear. Las lágrimas de la más pura gratitud corrieron mezcladas con mil protestas de eterno agradecimiento y con las bendiciones más calurosas.

La madre y la hija salieron de allí llorando también; la felicidad de sus protegidos las conmovia.

Cuatro dias despues iban los padres y el hijo, remozados y alegres, á despedirse de sus salvadores. Partian aquel día de la corte para su nuevo destino.

— Señor conde, — dijo á éste el agradecido padre. — Usted goza de todos los esplendores de la fortuna, y yo nada soy ni valgo; pero si un día necesita usted un hombre que haga á Vd. el sacrificio de su vida, de su dicha, hasta de su honra, me bastará la más leve indicación para arrojarme al fuego por Vd., si es preciso. Disponga Vd. siempre como guste de mi persona, de mis bienes, hasta de los seres queridos de mi alma. Todo es de Vd.

— Gracias, Sr. de Nuñez; sólo deseo que cumpla usted tan bien como espero, y que le vaya á Vd. perfectamente en su nueva vida.

— Antes de partir, imploro una gracia de mi ángel bueno, decia, entre tanto Miguel á la rubia niña.

— ¿Y es?

— Que no me olvide nunca.

— Jamás. Por muchos años que tardemos en volver á vernos, tu recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

— ¡Oh! ¡gracias, gracias! Esa idea hará agradable mi vida.

Y la madre estrechaba la manos de la condesa, murmurando:

— Nuestra gratitud será eterna, y á Dios rogaré constantemente por la dicha de esta noble niña, á quien todo se lo debemos. Sin ella hubiéramos muerto en la miseria.

Los abrazos se multiplicaron, y las lágrimas de unos y otros corrieron confundidas al despedirse. Entonces, la madre de Miguel extendió sus manos sobre la rubia cabeza de Laura, y exclamó con solemne acento:

— ¡Dios te bendiga, hija mia, como lo hace desde el fondo de su alma esta madre agradecida.

Todos inclinaron la cabeza hondamente impresionados, y la buena señora estampó cariñosos ósculos en la pura frente de la niña.

— Adios, no; hasta la vista, — decia aún Miguel, bajando la escalera. — No me olvides.

— Nunca, nunca, repitió Laura, hasta que le perdió de vista.

Luego se dejó caer en una butuca y las lágrimas inundaron su rostro.

— ¿Por qué lloras así, hija mia? la preguntó su madre.

— No lo sé. Me parece que con Miguel se ha ido algo de mí misma. Le quiero como á un hermano.

Diez años trascurrieron despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, y tras tan larga fecha volvemos á encontrar á nuestra angelical amiga, aún más bella que antes, porque la crisálida habia pasado á mariposa, la niña á mujer, ganando mucho en encantos; tan buena como siempre, como siempre modelo en todo; pero ¡ay! no tan feliz cual era. La ruda mano del infortunio, que á todos toca alguna vez, se habia posado sobre ella con tenaz ahinco.

Un refran tan vulgar como verdadero dice: que castillos muy altos vienen al suelo de un solo soplo. Y de un soplo habia caído al suelo, en efecto, la opulencia de los condes de Malvar. De su fortuna no quedaba nada de la envidiable dicha que disfrutaban, solo el desgarrador recuerdo que dos desgraciadas mujeres guardaban en su angustiado pecho. ¿Cómo sucedió tan horrible catástrofe? Vamos á decirlo.

El conde de Malvar, tan bueno, tan irreprochable, tan cariñoso padre y buen esposo, tenia una debilidad á la que lo sacrificaba todo; la pasión política. Aquella inteligencia superior, dominada por el error de creer posible resucitar lo que murió hace muchos años, y aferrada á ideas antiguas, hoy imposibles, soñaba con absurdas victorias y trascendentales cambios, para conseguir los cuales daba el dinero á manos llenas á los secuaces de D. Carlos, encargados de los trabajos de conspiración. Si los tales sujetos engordaban su propio bolsillo con el dinero recibido, no lo sabemos; lo cierto es, que el conde vendió finca sobre finca, con la esperanza del próximo triunfo, y quedó casi arruinado. Entonces buscó con afán el medio de reconquistar lo perdido, vió en la Bolsa una jugada que calculó de seguros y favorables resultados, y jugó con otros muchos; pero este es un juego de azar como otro cualquiera: sus cálculos salieron fallidos y perdió cuanto le restaba.

Tan terrible golpe le anonadó hasta el punto de perder la razón, y dos meses despues, la vida. No pudo resistir á la horrible idea de ver por él en la miseria á aquellos dos seres idolatrados, que habian vivido siempre en la opulencia.

No ya en el suntuoso palacio, sino en humilde sotabanco, alegre y limpio, pero pobre, volvemos á ver á Laura, acompañada de su madre, tristes y enlutadas ambas.

Hacia seis meses que la madre y la hija vivian con el producto de los primorosos trabajos de ésta última, la cual utilizaba dignamente los primores aprendidos por adorno.

Sentada junto á la ventana, por donde penetraba un alegre rayo de sol, cual si el astro-rey quisiera disipar con su refulgente luz las tinieblas de aquellas angustiadas almas, se encontraba la linda jóven bordando con afán y bajando su cabeza para ocultar las lágrimas que de cuando en cuando rodaban por sus mejillas. ¡La opulenta condesa de Malvar, tan envidiada poco ántes por ser la única heredera de una fortuna y un nombre ilustre, convertida en obrera y viviendo en humilde sotabanco! ¡Tales y tan delez-

nables son los bienes y las prosperidades de este mundo!

Su madre la contemplaba con inmenso dolor, y lloraba también, ocultándose de su hija, como Laura se ocultaba de su madre.

— ¡Pobre hija mia! — exclamó al fin la anciana con un grito del alma.

— ¡Oh! muy desgraciada, sí, madre mia, — repuso Laura, con desgarradora tristeza. ¡Muy desgraciada! ¡Aun más que por nuestra situación, por la horrible desventura que me espera!

— ¿Por qué no aceptarías alguno de los brillantes partidos que te se han presentado? Ahora estarías casada y serías feliz. Nunca he podido comprender tu extraña indiferencia.

— ¿Por qué, preguntas? En este día, para mí solemne y fatal, último de mis ilusiones y mis esperanzas, vas á saber por qué he rechazado á cuantos jóvenes me han pretendido. Mi imaginación, acaso demasiado ardiente y soñadora, ha conservado, como sagrado depósito, una imagen ya perdida en la remota noche del pasado, y que, sin embargo, vive en mi mente, fresca, animada, sonriente. Mi corazón apasionado y vehemente, quizá hasta la exageración, ha guardado desde la infancia un cariño inmaterial purísimo, fundado en una ilusión, alimentado por una quimera, dedicado á ser casi imaginario, que mi fantasía vé al través de los años, entre los vagos recuerdos de mi niñez, cual luz misteriosa por Dios sostenida, y que mi alma ilumina en sus dulces éxtasis. ¿Puede ser ésto amor? ¡Oh! no. ¡Era yo tan niña, y hace tantos años! ¿Qué és, entonces? No lo sé. Una ilusión, un sueño, un delirio de mi mente soñadora. Lo cierto es, que cuando un hombre solicitaba mi amor, si yo iba á concedérselo, encontrando en él buenas cualidades; al pronunciar el demandado *sí*, la imagen de Miguel, convertida en hombre, con sus hermosos ojos y su mirada de ántes, acariciadora y expresiva, se interponía entre los dos; un nudo oprimía mi garganta, recordaba el «nunca, nunca te olvidaré», que pronuncié al separarnos, y sin pensar, sin querer yo misma, decia que *no* en vez de decir que *sí*.

— ¡Oh! ¡Y pensar que ahora!... ¡Dios mio, Dios mio! — murmuró sollozando la pobre madre.

— Ahora, madre mia, he de renunciar por fuerza al grato recuerdo, á la dulce ilusión que ha embellecido mi vida; he de arrancar de mi alma la imagen por mí tan acariciada; he de hacer por un hombre perverso, repulsivo, lo que no he hecho por ninguno de los jóvenes buenos, simpáticos y distinguidos que me han amado.

— Pero yo no puedo permitir tan espantoso sacrificio.

— Es preciso. Hemos tenido la desgracia de que ese hombre infernal, fingiéndose amigo, solicito prestara á mi pobre padre mil duros cuando se encontraba en el mayor apuro, y si no le otorgo mi mano, que solicita con afán, acudiré á los tribunales, como ha prometido, en demanda de pago, y el nombre de mi padre correrá de boca en boca y su memoria será deshonorada, su reputación manchada por la asquerosa baba de los difamadores. ¿Podemos consentir que ésto suceda? No, imposible. Mil veces ántes la desventura; la muerte si es preciso. Pronto vendrá el miserable por mi respuesta, y con una sola palabra ataré á mi cuello el horrible dogal que me ha ahogar.

— ¡Pero esto es espantoso!

— Sí; más es ineludible. Tengamos fortaleza para aceptar lo irremediable, presentando á nuestro verdugo la entereza de la dignidad.

— ¡Tú, tan buena, tan noble, tan perfecto modelo de todas las virtudes!

— Solo á los buenos prueba Dios, madre mia, para conocer el temple de su alma, la extensión de su fé! y la fuerza de su resignación. ¡Quién sabe si de un modo ó de otro nos tenderá muy pronto su mano poderosa para sacarnos del abismo en que vamos á caer

— ¡Si hubiese estado aquí Miguel, él nos hubiera salvado; pero ni áun esa esperanza!

— ¡Por piedad, no pronuncies ese nombre, si quieres que tenga valor! ¡Miguel! quizá no exista ya. ¿Te acuerdas? Terminada con brillantez su carrera de médico, papá le invitó á que viniera una temporada con nosotros, y su noble respuesta fué: «No me permitiré tan gran placer hasta que no me haga con mi

trabajo digno de mis generosos protectores. Por este correo marchó a Cuba; cuando tenga un nombre y una fortuna, iré a ponerlo todo a los pies de Vds., a estrecharlos contra mi corazón y a decirles que de Vds. es la gloria de cuanto yo pueda hacer. Soy muy joven, y espero, Dios mediante, realizar pronto este dorado sueño.» Marchó, en efecto, con su familia, y bien sabes que no se olvidó de escribirnos con frecuencia; pero hace un año que no sabemos de él. ¿Nos ha olvidado? No lo creo. ¿Habrá sido atacado por la espantosa enfermedad del país? Tal vez sí. En tan triste convicción, ni aún me queda el consuelo de dedicar mi existencia a su memoria; otro hombre reclama mi amor, y si no mi corazón, habré de darle mi fe.

Un golpe resonó en aquel instante en la puerta, helando la sangre de las dos mujeres.

—¡Eh!—esclamó Laura con un estremecimiento que no pudo contener.—¡Valor!—añadió, enseguida haciendo un esfuerzo y levantándose a abrir la puerta.

El visitante la encontró ya serena y firme, aunque pálida como un cadáver. Su madre anonadada y trémula, ocultaba entre las manos su angustiado rostro.

El nuevo personaje era un hombre que podría tener de cuarenta a cuarenta y tantos años, de elevada estatura, aspecto de buena educación, y vestido con irreprochable elegancia; pero que llevaba en su mirada torva y su frente contraída el sello de innobles pensamientos, de mezquinas pasiones y perversa intención.

—Señorita,—dijo, entrando resueltamente en la humilde habitación. ¿Ha pensado Vd. ya lo que debe hacer? Vengo a saber su última resolución.

—Pues, oigala Vd., caballero—repuso la anciana señora alzándose enérgica, valiente, como la leona que defiende sus hijuelos. Mi resolución es que jamás la condesa de Malvar sea la esposa de un miserable; que mi hija no sea víctima de Vd., suceda lo que sucediere.

—Esa es la respuesta que su cariño hacia mí dicta a mi madre. La mía es que seré su esposa cuando Vd. quiera;—añadió Laura con infinita amargura.

La condesa cayó sobre la silla, sin fuerzas, para sostenerse.

—¡Oh!, señorita; ¿será cierto?—gritó aquel hombre dando muestras del mayor entusiasmo. Tal resolución me llena de felicidad. Bien sabe Vd. que la amo hace muchos años. Déjeme Vd. que bese su encantadora mano, y que de rodillas la dé gracias...

—¡Oh! basta, basta,—interrumpió la joven con glacial frialdad.—Las circunstancias en que nos encontramos y la violencia que Vd. ejerce, hacen que no sea esta ocasión oportuna para expansiones amorosas.

Aunque doy a Vd. mi mano, no será jamás de usted mi corazón.

—Espero que el tiempo y mi amor harán a usted cambiar.

—Nunca, nunca; desde ahora se lo juro.

—¡Bah! Soy rico, no soy feo, amo a Vd. con locura y creo que será Vd. feliz.

Laura sonrió amargamente.

—Nuestro matrimonio,—dijo,—tendrá por base una... villanía, y es muy mala base. Ruego a Vd. que me evite la molestia de esta penosa entrevista. Me siento fatigada y deseo estar sola.

—¿Quedamos, pues?

—En que será lo que Vd. quiera y cuando quiera. No puedo satisfacer de otro modo la deuda de mi padre. ¡Barato compra Vd., caballero; por mil duros, un título ilustre y una mujer de mi calidad! ¡Es usted buen comerciante!

—¡Señorita!...

—Salga Vd., y no vuelva hasta que esté todo dispuesto para el sacrificio.

—Así lo haré.

Salió el miserable, y en la escalera se le hubiera podido oír murmurar:

—Seré conde y dueño de esa admirada beldad.

Cuando Laura y su madre quedaron solas, se miraron un instante en silencio, y arrojándose una en brazos de la otra, derramaron un mar de lágrimas.

Al día siguiente, la infeliz madre, quebrantada por tantas y tan fuertes emociones, sentía rendido su cuerpo al dolor moral y se encontraba sin fuerzas para moverse; por lo cual tuvo que ir Laura sola a entregar su trabajo.

Al regresar de hacerlo, tuvo que pasar por la plaza de San Ildefonso; maquinalmente fijó sus ojos en la puerta de aquella iglesia, donde había conocido y so corrido al objeto de sus ideales amores; un mundo de recuerdos se agolpó a su imaginación; por un esfuerzo de la voluntad lo vio todo como estaba en los tiempos felices en que socorrió al desventurado niño; le pareció percibirlo en el atrio con su rostro pálido, su mirada brillante y leal, y arrastrada por magnética atracción, se dirigió lentamente a la iglesia y penetró en ella, dominada todavía por sus sueños y sus recuerdos.

En una de las naves se hallaba un joven de gallarda figura y negra barba devotamente arrodillado y orando con fervor. Al entrar Laura fijó en ella sus ojos y se le vio hacer un vivísimo movimiento de sorpresa y vacilar como si quisiera acercarse a ella; pero al fin no se movió y siguió observándola.

Rezó Laura largo rato, pidiendo a Dios amparo y valor, y ahogando en su garganta los sollozos. Luego se alzó algo más tranquila y salió enjugando sus lágrimas. Junto a la pila del agua bendita la esperaba otro joven de alegre rostro y audaz mirada, que la venía siguiendo hacia rato. La ofreció cortésmente agua bendita, ella le dio gracias con una leve inclinación, y salió, despidiéndose con una mirada de aquellos sitios queridos.

El joven alegre echó a andar tras de ella, y tras de ambos el de la negra barba, que parecía no querer perder de vista a Laura.

Al atravesar unos en pos de otros una escusada calle, el tronera abordó resueltamente a la joven diciendo, al par que interrumpía su marcha:

—Bella niña, un instante de atención, que quiero decirte cuán bella eres y cuánto te amo.

Intensa palidez cubrió el rostro de Laura.

—¿Por quién me toma Vd.?—exclamó con energía, atrás, insolente, ó gritarle pidiendo socorro.

—Calma tu furor, que eres muy bella para ser tan arisca,—dijo avanzando otro paso.

—¡Miserable!—gritó ella,—soy la condesa de Malvar y sabré hacerme respetar.

—¡La condesa!—exclamó sorprendido el calavera.

—¡La condesa! ¡Oh, gracias, Dios mío!—se oyó murmurar con infinita alegría al segundo acompañante.

—¿Tan desfigurada estoy que ya no me conoce usted?—dijo Laura a su interlocutor.

—¡Oh! señorita,—repuso confuso,—¿quién había de pensar ver a Vd. sola y así?... Insisto, sin embargo, en que...

El otro joven le interrumpió poniendo con rudeza una mano en su hombro, y diciendo:

—Si continúa Vd. insistiendo, nos veremos, caballero. Siga Vd. su camino, si no quiere que le dé un disgusto.

Al mismo tiempo cogió con la mayor delicadeza y respeto sumo la mano de la joven, la apoyó en su brazo y se la llevó con solemne pausa.

A tan brusca interrupción, aquel hombre, un momento antes tan audaz, retrocedió un paso; al verlos ir los siguió un instante con la vista, se encogió filosóficamente de hombros, y volviendo atrás, se perdió por otra calle.

Laura, sorprendida por la acción del desconocido, se había dejado llevar maquinalmente; pero pronto se repuso, y soltando el brazo de su acompañante, fijó en él una mirada interrogadora; entonces sus ojos se encontraron, y en los negros de él debió ver algo que la conmovió profundamente, porque retrocedió vacilante, y llevando su mano al corazón, exclamó con inmenso anhelo:

—¿Quién es Vd.? ¡Pronto, su nombre!

—En esa emoción veo con placer que casi me reconoce. Soy... Miguel Nuñez.

—¡Miguel, Miguel!—repitió con loca alegría.—¡Bendito sea Dios!

Y se abrazaron con ternura como dos hermanos queridos. La pobre joven, dominada por tan fuerte emoción, casi perdió el sentido, sostenida por su cariñoso amigo.

—¡Miguel, Miguel!—murmuró al volver en sí,—¿será posible?

—Sí, señorita; sí, mi Laura querida; yo soy.

—¡Oh! el cielo me ha oído. Pero la alegría me tras-

torna; deje Vd. que le mire, y dígame Vd. cómo ha sido esto, su repentino viaje, su silencio.

—Sigamos y lo sabrá Vd. todo, que yo también me siento trastornado por la alegría.

Ambos jóvenes anduvieron un rato en silencio, diciéndose todo con el mudo lenguaje de los ojos, y cuando lograron dominar su emoción, dijo Miguel:

—Internado en la manigua, asistiendo ya a nuestro ejército, ya a los naturales del país, mis penosas tareas, y el mal estado de los correos, me impidieron comunicarme con Vds. en bastante tiempo. Terminados los experimentos que me propuse hacer, y realizada una regular fortuna, me disponía a regresar a la Habana, y una vez reunidos nuestros fondos, embarcarme con mis padres para España, cuando un periódico, que lei por casualidad y con gran retraso, llevó hasta mí la horrible noticia de la ruina y la muerte de mi noble protector. En el acto resolví correr en busca de Vd. y de su madre para consolarlas y ampararlas, si era preciso. Precipité mis asuntos, los dejé en cuanto me fué posible, y marché a la Habana; encargué a mis padres la comisión de levantar la casa, y yo me embarqué en el primer buque que salió para España. Una vez en Madrid, corrí lleno de ansiedad a la calle de Fuencarral; pero ¡ay! allí me esperaba un desengaño. Otros dueños ocupaban el palacio; otros eran los criados y hasta los porteros; Vds. se habían rodeado del mayor misterio y nadie sabía dónde era su nuevo domicilio. Durante un mes he vagado por todo Madrid con la esperanza de encontrar a Vd. por casualidad, sin conseguirlo nunca. Hoy sentí la necesidad de orar en la misma iglesia donde conocí a mi ángel bueno, y me tendió su bendita mano. A ella fui con el alma conmovida; mis ojos se llenaron de lágrimas al ver el sitio en que recibí sus limosnas, y entrando en el sagrado recinto, pedí a Dios, con todo el fervor de mi alma, me concediera la dicha de encontrar a mi angelical salvadora. Cual si Dios respondiera bondadoso a mi súplica, apenas acabada mi oración, vi a Vd. entrar y sentí una gran conmoción; me pareció percibir en las hermosas facciones de la mujer algo de los dulces rasgos de la niña que llevaba grabados en mi corazón, y quise acercarme al instante, pero por temor de equivocarme, decidí mantenerme a la expectativa hasta saber quién era Vd. El atrevimiento de ese insolente y el altivo arranque de Vd. me enteró de lo que deseaba, y tuve al fin la inefable dicha de estrechar entre mis brazos al ídolo de mi vida.

—¡Oh! Dios nos ha reunido de una manera tan providencial como misteriosa. ¡Bien hacia yo en confiar ciegamente en su bondad y en su justicia! ¡Cuánto he sufrido, Miguel, y cuánto he llorado creyendo a Vd. muerto!

—¡Mi querida Laura! Ya todo acabó; de hoy en adelante espero que sólo tendremos un pesar; que no vea nuestra ventura el que ya no existe.

Habían llegado a la casa y nuestros jóvenes subieron del brazo. Puede suponerse el asombro y la alegría de la anciana al encontrarse allí con Miguel. Con la libertad que dan los años, llenó de abrazos y de besos al joven, haciéndole mil preguntas. Cuando éste la vio más tranquila la enteró con interés de todo lo ocurrido y de cómo subsistían, añadiendo en seguida con solemne gravedad:

—Señora, en el momento feliz de nuestro encuentro, tengo que pedir a Vd. una gracia, que espero no me niegue.

—Dí cuanto quieras.

—Soy doctor en medicina, tengo alguna reputación en mi carrera y una fortuna ganada con mi trabajo; usted conoce mis ideas y mis sentimientos; ¿me cree usted digno de ser su hijo?

—Sí, sí mil veces.

—Pues pongo a sus pies cuanto tengo, y pido a Vd. la mano de su hija Laura.

La anciana miró a su hija; ésta vaciló.

—¿Amaria Vd. a otro acaso?—preguntó Miguel con angustia.

—No por cierto. Es que, a mi pesar, he contraído un penoso compromiso.

¡Oh! explíquese Vd. por Dios!

Laura le contó lo que ocurría con su miserable adorador, y Miguel respiró con desahogo.

—En pagándole está concluido,—dijo.—Ni podrá

ofender la memoria del conde, ni reclamar nada; yo me encargo de eso.

—Sin embargo, antes de comprometerte, piensa bien lo que vas á hacer,—expresó la anciana.—Mi conciencia me remorderia toda la vida si anudaras el santo lazo sólo por cumplir un falso deber de gratitud.

—Tranquílicese V.; amo á Laura desde que la conocí y sólo deseo saber si ella...

—Ella te amaba sin darse cuenta de lo que sentia; por eso está soltera.

Laura se sonrió y Miguel le dió gracias con un apretón de manos.

—En el mundo, señora,—dijo el noble jóven tras de una pausa,—cada uno recoge lo que siembra. Mi ángel bueno, así la llamaré toda mi vida, sembró cariño, caridad, buenas acciones, y recoge hoy un amor que llega á la idolatría y que espero la hará feliz, al par que el inmenso cariño de una familia que la venera, y mañana el respeto y la admiración de cuantos la conozcan.

—Cierto, hijo mio. Casaos, pues, y Dios os haga tan felices como ambos mereceis serlo.

Un mes despues se casaban en la misma iglesia donde la bella niña habia ganado con su sublime caridad tan hermoso corazon, y habitaban otra vez su opulenta morada, adquirida de nuevo.

ADELA SANCHEZ CANTOS

PENSAMIENTOS

Es el *libro* escaparate de retratos que se exponen; cerrado no es más que un mueble, y abierto forma los hombres.

La *lectura* es lengua muda que mudo el hombre aprovecha para hablar con cuanto existe, de cuanto existe y se piensa.

La *visita* es el comercio do se expende afecto humano, por su valor unas veces, y otras muchas con engaño.

Es la *vejez* tronco seco del árbol que aún tiene hojas, que despues de dar el fruto no le quedan más que sombras.

Es el *llanto* una avenida del rio de los pesares, que el dique del sufrimiento rompe saliendo de madre.

La *prudencia* es fuerte dique que, dejando algun desagüe, cuanto en pasión se desborda reduce siempre á su cauce.

La *pereza* es fruta vasta que en el invierno madura, y eso mismo casi siempre no se logra sin ayuda.

La *diligencia* simpática es como un rayo del día, que á todas las cosas llega y todo lo vivifica.

El *amor propio* es el agua que limpia la dignidad; mas si sube á muchos grados es un vapor nada más.

La *niñez* es un encanto y una esperanza que juega, un problema que se expone, y un martirio que comienza.

Es la *cándida inocencia* un copo de blanca nieve, que en contacto con el lodo se ensucia, derrite y pierde.

El *pudor* es la protesta que escribe en la frente el alma, cuando empaña su blancura cualquiera sombra liviana.

La *honra* es capital en crédito, valor nominal del hombre, que aumenta, conserva ó pierde el juego de las acciones.

La *mujer* es un misterio y todo un mundo ella sola; con su sangre da la vida, con su cariño la gloria.

La noble *delicadeza* es como flor de una estufa, que se guarda entre cristales que defiendan su hermosura.

La *audacia* es la robustez del resorte de las obras, que incita los propios ímpetus á obrar del temor en contra.

La *cobardía* es dolencia del instinto de la vida, que enerva el ánimo, tanto cuanto el peligro duplica.

La *muerte* es patria comun de cuanto existe en el orbe, que á sus hijos suelta un día, pero al otro los recoge.

ALFONSO E. OLLERO

NADIE

Podrá darme tu hermosura asunto para cantarte, y podrán prestar tus ojos claros como los de un ángel, luz para alumbrar la senda que el cielo quiera trazarme en este inmenso planeta, en este profundo valle.

Podrás hacerme dichoso mostrando el bello semblante, que es de rosas y azucenas, que es de nácar y corales; podrán tus dulces palabras en mis penas consolarme, y tus graciosas sonrisas aminorar mis pesares.

Será posible que un día si esposa puedo llamarte, me des hasta en la vejez alegrías eternas.

Podrás inspirar mi alma con tu talento, mas nadie podrá darme en este mundo beso como el de mi madre.

FRANCISCO ARECHAVALA

DAUBIGNY

El célebre paisista que nos ocupa en este momento, no solo fué un artista insigne y laborioso, sino que fué un modelo de virtud y de paciencia.

No es pequeña cosa que el hombre llegue á sobresalir en cualquiera de los ramos del saber humano; pero cuando el hombre se eleva por sí solo, sin auxilio de nadie, sin recursos y dando muestras de sus virtudes, el hombre no es solo un artista admirable, sino un hombre modelo, cuyas condiciones deberíamos imitar todos.

Daubigny tuvo un aprendizaje penosísimo por la carencia de recursos; pero en cambio le habia dotado la naturaleza de dones especiales, y cuantas dificultades le oponia el infortunio, las suplía, venciénolas á tiempo, con una perseverancia sin límites y una paciencia á toda prueba: durante algunos años ganó su sustento pintando flores y ligeras escenas pastoriles, que vendia por una módica retribucion á los fabricantes de cajas de Spa, y con esas ganancias, sóbrio como era, se alimentaba y vestia, realizando economías que guardaba con prolijo esmero en la pared de su modesta casita.

Al cabo de algun tiempo, Daubigny reunió un millar de francos y emprendió su primera expedición á Italia; mas, cosa rara, las grandiosas obras del arte, las que divinizaron en Roma á los más venerables maestros, ni la santidad de las Catacumbas, ni las bellísimas colinas de Toscana, hicieron profunda mella en el ánimo de Daubigny: él preferia las riberas sombrías del Oisse y los paisajes agrestes de la Normandía y de los Alpes.

Daubigny nació en 15 de Febrero de 1817 y falleció en París á los sesenta y un años de edad, cuando se encontraba en toda la plenitud de la vida, dando vuelo á su inmenso talento.

Sus primeros cuadros se titulan *La Seine á Charenton* y *Les Iles de Bezons*.

En el *Salon* de 1877 presentó un bellissimo cuadro que ocasionó gran controversia: representaba una vasta campiña, envuelta entre las tinieblas de la noche, y el disco de la luna aparecia sobre el horizonte, derramando torrentes de una luz rojiza; este era cabalmente su fuerte y lo que le distinguia de otros maestros: el sentimiento sincero y preciso de la naturaleza.

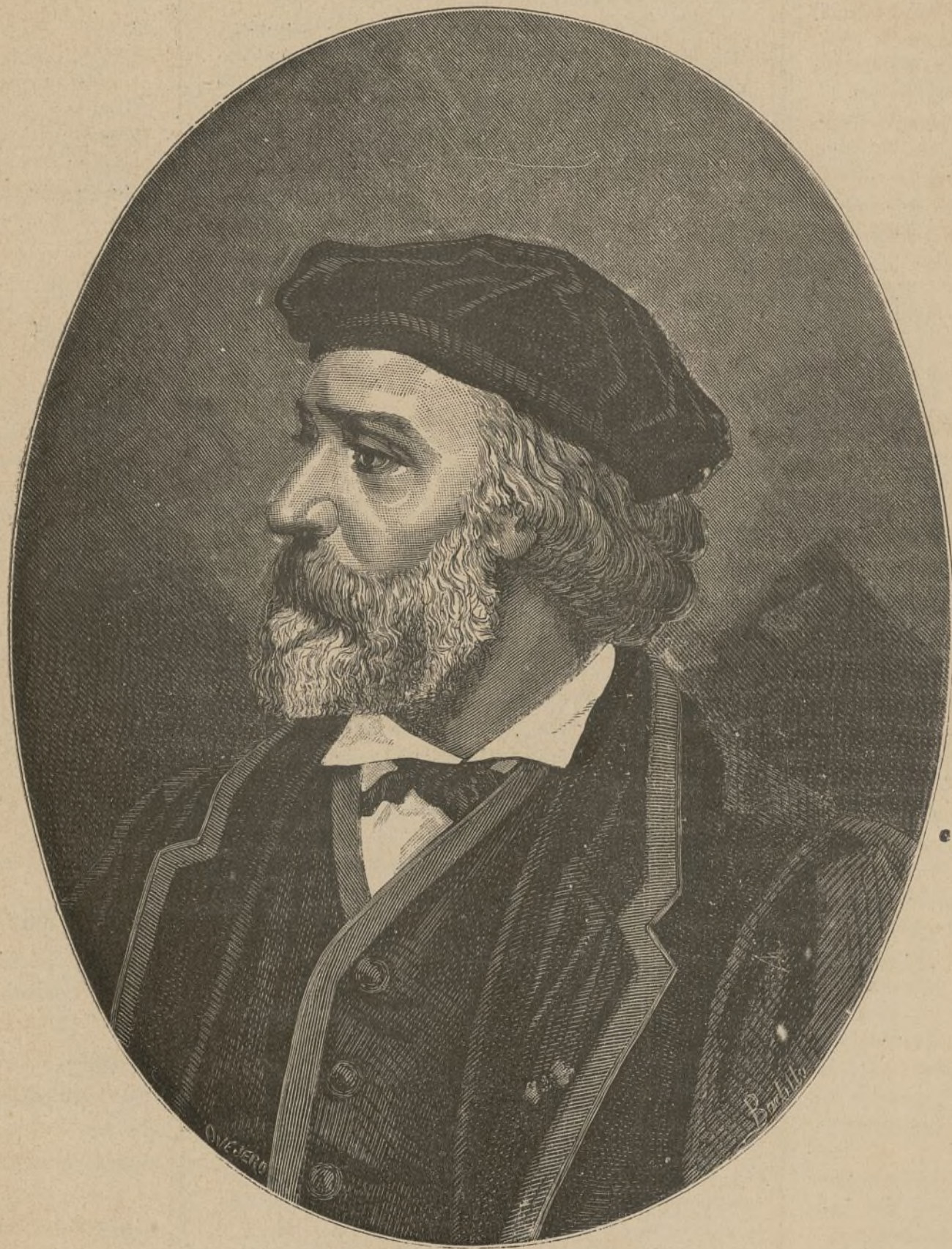
Daubigny ganó en 1848 una segunda medalla; en 1853 y en 1859, el jurado del salon parisiense de Bellas Artes le concedió medalla de primera clase; en 1867 obtuvo otra primera medalla en la Exposición Universal, y en 1874 la roseta de Oficial de la Legion de Honor, consagró oficialmente un nombre que ya habia adquirido reputación europea.

Para concluir, diremos que al morir Daubigny, perdió la escuela francesa de pintura un paisista de raza, y la Francia un artista laborioso y un patricio estimable.

V. D. BORDANOVA



BELLAS ARTES



RETRATO DEL CÉLEBRE PAISISTA FRANCÉS

M. DAUBIGNY

EL NIÑO Y LAS FLORES

Tiene apenas nueve años: sus ojos son de ese azul del cielo diáfano y puro, á través de cuyo horizonte soñamos la grandeza de Dios.

Sus cabellos de oro forman una rizada melena que viene á tocar sus hombros; su finísima boca sonríe como la de un ángel.

Todas sus facciones encantan: su mirada es viva, penetrante; sus movimientos ligeros, breves.

Lleva por nombre Conrado; es único en la casa y sus padres le adoran.

Son las ocho de la mañana. Conrado, despues de estudiar, ha peleado en formidable batalla con su caballo de carton y sus soldados de plomo, y baja pricipitadamente al jardín á visitar sus árboles y á regar sus flores.

Sigamos la huella de su diminuto pié y veamos al jardinero, que de tal se conceptúa, y á sus padres.

—¡Siempre, siempre te he de encontrar en mi paso la primera, desdichada Amapola! Gire por un lado, eche por otro, he de tropezar contigo siempre. Hoy mismo he de pedir á mi papá autorizacion para esterminarte, pues aunque niño, soy tu enemigo, porque sé lo que simbolizas, y la ignorancia la detesto.

De hoy más cuidaré con esmero de la Parnasia y Chitan, porque segun dice mi papá éstas significan el ingénio y la inteligencia, y yo amo ambas cosas, que vienen á ser una sola, segun entiendo; á lo ménos, es uno hijo de la otra.

Esta luz brillante, que tanto ha iluminado la inspiracion del hombre, alumbrá en este siglo como grande antorcha, y allá, á su fin, en las extremidades de sus rayos que abarcan el mundo y se derraman por el vacío, en caractéres de preciosos colores, se leen los demás santos de «paz, enseñanza, trabajo, virtud.»

El vapor y la electricidad son sus modelos más perfectos; en ellos se refleja el inquieto espíritu, la actividad vertiginosa que deshace el marasmo y atonia de estos tiempos: aquél escudriña, discurre, inventa; y aquella, señalando el camino que el hombre presiente en su fin, encaminando las ideas por derroteros seguros, viene á fertilizar el cerebro humano y nos muestra campos dilatados, llenos de luz y de esplendor, donde podemos admirar la corriente benéfica que une á los pueblos y la perfeccion que en su paso lleva la sociedad al perseguir su bello ideal.

Pero en tí, caos sin fondo; en tí, patrimonio triste de la humanidad; en tí, desventurada Amapola; en tí tenebrosa y atrevida ignorancia, no cabe ninguna virtud, porque todo lo desconoces y caben todas las deformidades y vicios, porque nada sabes.

En tí no hay galas, no hay bellezas, no hay encantos, porque naces del abismo negro y profundo donde se precipitara Lucifer al descender de la mansion de la luz, impregnado de tu inmundo y soberbio espíritu.

Tú eres el gérmen maldito por Dios y por los hombres, por la historia y la generacion presente, que engendras lo monstruoso, apagando el brillo de las esclarecidas virtudes, matando el alma al privarla de las dulces emociones que la extasian, agostando el corazon, porque crece en un erial, ahogando con tu podrido turbion los sentimientos más puros y elevados, oscureciendo con densa niebla la brillante estrella de la civilizacion, llenando de fatídicas sombras horizontes preñados de luz, guerreando siempre contra el destello divino, la inteligencia; y el mónstruo que engendra lo que tú, es maldito por Dios y por los hombres, por la historia y la generacion presente, y aún por mí, que ya voy para hombre; así, pues, prepárate á sucumbir.

Y tú, Serpentaria, no goces abandonándote á tu perversa inclinacion al ver que riño con la Amapola, porque esta mañana, con la batalla que he perdido y con lo que he leído en el libro que me ha dado mi papá, bajo de mal humor, y estoy dispuesto á pelearme con todo lo que es feo y malo como tú, que ya estás riendo por esos malignos labios de tus hojas porque me enfado con una compañera tuya, cuando la envidia que encierras en ese tu cáliz va casi siempre hermana de la ignorancia á quien combató.

—Es que yo no me río de...

—Silencio, satírica flor...

—Es que yo...

—Silencio, repito, que si te dejara hablar no faltarian á tu aguda sutileza recursos bastantes para probarme que esas gotas de rocío que tiemblan en tu corola por bondad de Dios, de quien has de aprender á ser espléndida, son sentidas lágrimas que viertes en duelo porque riño á la Amapola.

Santificate, espectro sin color, cocodrilo del jardín, flor sin fragancia, porque todo es en tí místico y seco.

Santificate, corazon ruin, alma raquílica de sentimientos pobres, porque todo es en tí ponzoña y encono.

Sonríe, maligno espíritu, semilla execrable, porque todo lo invades, y lo mismo penetras en el palacio del poderoso, donde siembras la zizaña y la discordia, que descienes á la cabaña del pobre á turbar la paz más inocente y sencilla.

Sonríe, volcan venenoso, porque todo lo inundas y manchas con tu asquerosa baba; sonríe, porque al llenarse el alma de tu repugnante lepra, enferma de muerte, y al sér que la encierra le abres abismos insondables, donde rodeado de téticas sombras, le opera y le abruma la dicha agena, no permite que le superen ni aún le igualen, que con torvo ceño no perdona, no olvida, no siente, no ama; que solo allí, con su infernal pasion, se devora á sí mismo; que solo allí, con su corrompido espíritu, lucha, ataca, muerde y despedaza hasta lo más santo y sagrado.

Mira, en cambio, á tu lado, están el sombrío contraste que ofreces ante la Camelia rosada y la Argentina.

Tú, mezquina y ruin para todos, y para todos brota de la espléndida Argentina la dádiva, el desinterés, la nobleza, la generosidad; esas dulces emociones de benevolencia, de dignidad y justicia, ese sentimiento elevado que impulsa al hombre á perdonar y á tender cordialmente la mano á su enemigo.

Tú, miserable y pequeña, y la Camelia, remontándose á lo infinito, donde no hay zizaña, donde todo es concordia, donde no hay materias, donde todo es espíritu, donde no hay sombras, donde todo es luz, recibiendo su esencia del empíreo trono, derrama sobre el alma sus divinos destellos, y ésta, al sentirse bañada por aquellos celestes fulgores, por aquel purísimo rocío, late en sus labios un ósculo de paz, de sus ojos salen á raudales miradas de compasion, de caridad, de ternura, de sentimiento, de amor: es más grande cuanto más descende á remediar lo pequeño; centellea en su semblante la abnegacion y el heroísmo, y siente mundos y mundos cruzar, y crece gigante, y se eleva á lo sublime, y toca lo infinito, y en su potente grandeza ve á Dios..., y hasta Él llega á admirar la inmensidad de su creacion.

Compara ahora y clavarás á tí misma esos afilados dientes con que muerdes á los demás.

Por este mar inmenso que os separa, por esta gran barrera que os detiene para ir del glacial sentimiento á las profundas emociones, de lo miserable á lo grande, de lo despiadado á lo humanitario, del vicio á la virtud, del erial al frondoso jardín, del caos á la luz, yo os aborrezco y maldigo.

—Niño mal humorado—exclama la Serpentaria—comienza por anatematizar á la sociedad en que vives, que le falta mucho para llenar los altos fines que nos has predicado, que ella es la responsable de que nosotros tengamos, con vergüenza, la significacion que nos hace arrastrar el hombre.

—Si él nace—añade la Amapola—con el defecto que se me atribuye y quieren que opere sobre mí, protesto contra esa mala fé y debilidad, toda vez que, estando de su mano conjurar los males que te aquejan, está postrado en su indiferencia fria, y la inercia de su cerebro le tienen sepultado en ese caos profundo de que ántes hablabas, y del cual, como de un semillero, brotan y se atacan todos los males que lloro.

Si yo soy la causa de tanto como lamenta, que á él no le abandonen, y me destinen á mí á este jardín en donde sola, sin más compañía que la antorcha de los cielos y bautizada con ese cristalino rocío, sólo abriré mis pétalos para embriagarle y confundirle en mi amor, y el primer beso que en las mañanas le salude embalsamado, será el mio, llevado por la brisa.

—Si el hombre fuera—dice la Serpentaria—lo grande y virtuoso que puede ser y no se dejara dominar

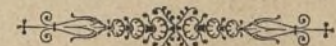
por esas negras pasiones que empobrecen su corazon y marchitan su alma, si con firme solicitud y ardiente fé resistiera ese desbordado vendabal que le agita y le sacude como seca arista, nosotras sólo seríamos las sencillas flores de fragancia pura que elevaríamos nuestros perfumes hasta él, bordaríamos el camino de su vida con nuestras propias galas, le daríamos á beber en nuestro cáliz la ternura, la poesía, el amor que sólo nosotras atesoramos: vé tú ahora lo injusto que has estado; pero no temas, que las hermosas, las sencillas, las puras florecillas, no te aborrecerán nunca; pero sí desde hoy comenzarán á llorar del hombre la negra ingratitud.

Y la Serpentaria y la Amapola prorrumpieron en gemidos dolorosos.

Conrado, al escuchar estas breves razones, queda sobrecogido, vacila, no acierta á contestar, y hondamente impresionado corre hácia la Amapola y la Serpentaria, y solícito las acaricia, las besa, llora con ellas, y lleno de emocion exclama:

—Me habeis vencido: teneis razon, inocentes florecillas; os volveré á querer y seremos amigos: lo que pretendo no puede ser ahora: él tiene la culpa; pero ved aquí al hombre de mañana, y entonces... ¡oh! entonces serán un sublime poema el niño y las flores.

DIEGO PEREZ HERNANDEZ



AL ÁNGEL DE LA GUARDA

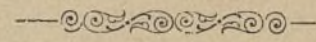
Mil veces Salve, emanacion del cielo,
Angel Custodio, inseparable amigo,
Que la humana mansion huellas conmigo,
Aunque te encubre impenetrat le velo.

Tú eres mi defen or, sé mi consuelo;
Del mal me aparta si su senda sigo,
Y hallaré, de tus alas al abrigo,
La dulce paz de que gozar anhelo.

Y si algun día mi desgracias lloro,
O los azares de mi suerte canto;
Si alguna vez tu proteccion imploro,

Dame resignacion, templa mi llanto,
Y lleva mi oracion al trono de oro,
Asiento del Señor, tres veces Santo.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

LA MANO DE LA PROVIDENCIA ⁽¹⁾

POR

ENRIQUE BENAVENT

Juanelo, que ya sabia desde la víspera que Rosa iba á serle presentada, estaba esperando en su tienda de campaña, rodeado de los gitanos de más monta de su tribu.

En su calidad de jefe superior de aquella pandilla se daba aires de soberano; sentado en una banqueta, que en algun tiempo habia estado forrada de terciopelo, del que sólo quedaban harapos, fumaba en una gran pipa, cual lo hubiera hecho un bajá de la regencia de Túnez.

Al aproximarse la Chataza y sus dos hijas, las miró con tono imperioso, pero ni siquiera hizo ademan de levantarse.

Al propio tiempo, un murmullo confuso se levantó de entre las gitanas y gitanos que andaban al rededor de ellas y de Juanelo: ellos movidos por la curiosidad y ellas por envidia, pues ya estaban algo enterados de las bellas cualidades que adornaban á Rosa, y comprendian perfectamente que la jóven recién venida no tardaria en ocupar un lugar distinguido entre ellas.

(1) Véase LA ILUSTRACION del 15 de Febrero.

El cuadro que presentaba la gran tienda de campaña de aquel *rey* de gitanos, era grotesco en alto grado y poco ménos que repugnante, á causa de lo harapientos y súcios que estaban los individuos de ambos sexos que poblaban la estancia.

Unos se ocupaban en componer y apedazar cacerolas, calderos y sartenes; otros en estañar cazos y cubiertas; otros en limpiar las escopetas, pistolas y demás armas de su arsenal; algunas mujeres en disponer la pitanza ó mal zurcir algunas ropas; y los más estaban tumbados á los dorados rayos del sol, con ese abandono propio de las razas de origen tropical.

Lo hemos dicho ya; el jefe estaba sentado saboreando placentero las bocanadas de humo que al arder producía el fétido tabaco de que su pipa estaba repleta; cuando las tres mujeres estuvieron ya cerca de él, levantó los ojos, y mostrando á Rosa con una seña indefinible, dijo dirigiéndose á la madre:

—¿Es esa tu hija?

—Esta es; la misma que viste y calza, contestó la Chataza sin inmutarse en lo más mínimo.

—No es maleja: no me parece mal.

—Ya lo creo, como que se ven pocas así.

—¿Y... qué va á hacer entre nosotros? ¿En qué la vamos á ocupar?

—Me ocuparé en todo aquello que pueda ser de alguna utilidad, contestó la joven, adelantándose á su madre.

—Bien, muchacha, muy bien; es preciso que entre nosotros sepas ganarte un bocado de pan.

—Tal es mi propósito; puedo hacerlo y fácil me será cumplir con ello.

—Veo que eres una chica despejada; eso me place sobremanera; ¿y cuáles son tus gracias? ¿Cantas? Sabrás bailar. ¿Sabes tocar la guitarra ó la bandurria?

—No sé nada de lo que usted está diciendo; no sé hacer más que cosas necesarias, ó cuando ménos útiles.

—¿Y qué cosas son esas que tú llamas útiles á necesarias? Explicáte bien.

—Todo cuanto puede convenir á una muchacha de mi condicion.

—Pero, vamos á ver, no perdamos el tiempo. ¿Qué sabes?

—Pues..... sé coser..... sé bordar..... sé planchar..... sé guisar..... sé estar al cuidado general de una casa..... sé.....

—Vaya, vaya, chiquilla; todo cuanto dices podrá estar muy bien, pero maldito el chiste que tiene; ¿con que te has criado con una gran señora y no sabes cantar, ni bailar, ni tocar la guitarra, ni todas esas cosas que saben todas las señoronas?

—Es verdad que me ha educado una gran señora; pero como no lo soy ni he nacido para serlo nunca, de ahí que sólo me han enseñado lo que debe saber una mujer de su casa; me han enseñado á ser una muchacha honrada, de modo que pueda siempre y en todas partes ganar mi subsistencia sin recurrir á malas artes. ¿Qué más puedo querer? ¿Qué mayor beneficio podían dispensarme cuando nada me debían?

Rosa pronunció estas últimas frases con

tanto candor, con tanta dignidad, que más que la hija de unos gitanos parecía una dama de alta alcurnia.

La Chataza, henchida de satisfacción, dirigió una rápida y altiva mirada á Juanelo, diciendo:

—¿Qué tienes que objetar á las razones de mi hija? ¿Valemos entre todos las suelas de sus zapatos?

—¿Sabes lo que te digo, Chataza? Que todo eso para nosotros no pinta ni para un vaso de agua.

—¡Mal rayo te parta! exclamó la vieja.

—Ni siquiera sirve, prosigió gravemente el gitano, para enseñar habilidades á nuestros perros.

—Sé leer y escribir, añadió la joven.

—¡Y qué! Aquí no nos hacen falta letrados.

—Sé contar.

—¿Qué significan cuatro garabatos en un papel?

—Sé hacer vestidos y cortarlos.

—Toma, toma; las demás mozas también.

—Sé hacer puntillas y se venderán bien.

—Si se vendieran, ménos mal.

—Pues sí, las venderá; y además cuidará del niño, añadió la Chataza.

—¿El niño? Bonito hallazgo, replicó el gitano; ya te digo, Chataza, que entre ese rapazuelo y tu hija buenas ganancias vamos á tener.

—Pues has de saber, contestó la vieja gitana, que no tardarás en darme las gracias; porque te aseguro que el chiquitín y Rosa nos van á traer mucha suerte; pero mucha bendición.

—Lo veremos, dijo Juanelo, encogiéndose de hombros.

—Lo veremos, repitieron los gitanos que por allí cerca se hallaban.

—Me se figura que mucho hemos de ver, añadió Tula, mordiéndose los labios y ahogada por la envidia.

—Yo haré cuanto esté de mi parte, continuó Rosa.

—¡Si no sabeis lo que vale esta hija mía! exclamó la Chataza abrazando con efusión á su hija.

(Se continuará.)

DESPEDIDA Á LA VIRGEN

EN EL ÚLTIMO DÍA DE LAS FLORES DE MAYO

DÉCIMAS

¡Virgen santa! ¡Madre mía!
Luz de la fé y la esperanza,
que en ensueños de bonanza
nuestros corazones guía,
y en que el pecador confía
cuando ciego, en su locura
de imaginar la ventura
donde existe el sufrimiento,
encuentra mayor tormento
cuanto el placer mas apura...!

Reina de los serafines
que allá, trás del denso velo
que oculta á la tierra el cielo,
siendo ambos de él, los confines,
velas por las almas ruines,
logrando purificarlas

de errores mil al sacarlas
en que hasta entonces vivían,
quizás porque no sabían
tu desconsuelo al mirarlas...!

Segun veo hundirse hoy
del sol el último rayo,
últimas flores de Mayo
para tí enlazando estoy,
y triste, tan triste estoy,
porque últimas ván á ser,
que mis lágrimas correr,
lleno de amargura, siento,
aún que me queda el contento
que aún te las puedo ofrecer!

A Dios, pues, Virgen María!
En tí pondré los amores,
como los puse en las flores
que todo el mes te ofrecía;
y si llegara algun día
en que se doblara el tallo
ante una culpa, ese rayo,
que de tí el que peca alcanza,
nos sea flor de esperanza,
como las flores de Mayo!

ALBERTO DIAZ DE LA QU NTANA

SECCION RECREATIVA

Pocas veces me acuerdo de mis primeros años sin que asalten á mi memoria las travesuras de la niñez. ¡Con cuánto gusto traigo á la mente al hijo del carcelero de mi pueblo, niño suspicaz é ingenioso, aplicado, pero como ninguno inquieto!

Decíame una mañana de esas que son precursoras de una tarde bonancible: «lo que es esta tarde, será milagro que yo no vaya á ranas.»

—No cuentes conmigo, le repliqué, porque el día pasado me hiciste estropear unas botas, mojar los pantalones, saltar los botones de la camisa y tomar un pasmo de padre y muy señor mío.

—Y ¿qué importa? Tu padre es rico y tolerante, eres el primero en la escuela y, una tarde más, no ha de influir gran cosa en tus adelantos.

—Es verdad, le dije; pero aún tengo marcados los cinco dedos que mi padre se sirvió ponerme en el cuello, como correctivo, y dos veces, no quiero darle ese sentimiento, ni sufrir una pena.

—¡Bah! me contestó; la mayor parte de las noches duermo yo en alguno de los calabozos destinados á los criminales, ó me cuelga el mío, cabeza abajo, de la polea del pozo, y no dejo de comprender que esas son vagatelas, porque lo cierto es que, mientras yo huelgo, mi padre pasa berrinches con el alcalde, con el secretario, con los contribuyentes, con los presos de tránsito, con los alojamientos, con todo el mundo; pero no deja de ponerme la mesa tres veces al día.

—Opino que has de acabar mal si empiezas á encariñarte con el dormitorio que se reserva á los criminales, sin morirte de vergüenza, y á fiarlo todo de la solicitud de tu padre, sin pensar en el porvenir, dándote un bledo la dignidad y el respeto que debemos á nuestros mayores...

—Me pareces muy joven para misionero, chico; vengas ó no vengas á ranas, yo iré, y hemos concluido; no quiero escucharte más; achuchon más ó ménos.

—Por concluido, y... que te diviertas.

La hora de entrar en la escuela sonó, y los dos pasamos al local, ocupando cada uno su sitio.

Yo me puse á escribir y él á pintar monos; pero mientras el profesor me corregía la plana, echando una vaga mirada á los demás escolares, le sorprendió haciendo figuritas con letreros inconvenientes por debajo.

Tres puntapiés y dos papirotazos le valió el capricho, amen de estar tres cuartos de hora de rodillas y en cruz con dos grandes libros en las manos.

Cada vez que el cansancio le hacía inclinar el brazo, recibía un fuerte palmetazo en la mano; pero él ¡cá! ni echaba una lágrima; y como si esto no fuera bastante, cuando el profesor volvía la espalda, hacia

gestos ridículos á otros alumnos, ó se burlaba de su maestro.

Varias veces repitió las muecas, y las risas provocativas de los demás denunciaron al profesor lo que pasaba, de tal modo que, puesto en observación, pudo convencerse del grosero pasatiempo del niño. Entonces le levantó aquel castigo; pero para imponerle otro, que fué dejarle detenido todo el día, á cuyo efecto le encerró en el granero del pósito, cuyas llaves tenía el maestro titular.

Era la hora de la siesta; no había comido desde el almuerzo cosa alguna, y viendo frustrado su plan de ir á ranas, concibió la idea maldita de vengarse.

En uno de los salones del granero había residuos de varias semillas, y sin encomendarse á Dios ni á Santa María, sin calcular el daño que su intento producía, tomando una pala, mezcló, desesperado, las algarrobas con los garbanzos, el trigo con la cebada, las habas con los guisantes, y terminada su faena, que no hubiera llevado de ningún modo á cabo por encargo, antes de las tres, hora á que se abría la clase, se acostó en un montón.

Cuando el maestro fué á dar una vuelta para vigilar al cautivo, el daño estaba ya hecho, y dormía á pierna suelta.

Pero como quiera que se había interpuesto su padre en solicitud de perdón, porque le necesitaba para llevar un regalo á las monjas, el profesor se limitó á abrir la puerta, y, con entonación hueca, le dijo:

—Puede Vd. marcharse á su casa y... cuidado con otra, porque si se repite, le expulsaré.

El chiquillo salió cabizbajo, y penetrando en su casa con cierto justificado temor, encontró primero á su padre, que le regaló, airado, un par de punteras, y después á su madre, que, recortando papeles de colores, se entretenía en adornar una cesta de rosquillas.

—Aún llegas á tiempo, le dijo; pero te tenía prometida una paliza, puesto que no puedo utilizarte para nada: eres un mal estudiante y un mal hijo.

El chiquillo, que no era inocente, se dijo por lo bajo: «más vale llegar á tiempo que rondar un año.»

—Vas á llevar á las monjas de Santa Clara este pequeño obsequio, y ya estás de vuelta: mira que no está el horno para rosquillas.

—Yo me encargaré de ver si el horno estaba bien ó mal dispuesto, murmuró el hijo.

Y tomando la cesta del brazo, salió ligero como una liebre acosada por galgos hambrientos.

¿Era para dar testimonio de su enmienda?

No: fué para satisfacer el apetito, puesto que no había comido aquel día; empezó por probarlas; después las tomó el gusto, luego se sació, y cuando ya le parecía vergonzoso presentar la cesta muy mermada, casi vacía, se resignó á tragarse las restantes.

Y no fué á ranas, según se había propuesto, pero fué á rosquillas.

El capricho no le fué, sin embargo, muy provechoso, que una indigestión mayúscula denunció, antes de tiempo, á sus padres el pecado cometido.

Estaba en la convalecencia, cuando para escusar sus apetitos se le sujetó en lo más interior de la casa; pero, fatalmente, había dejado allí la víspera un carretero conocido una cubeta de sardinas, que por exceso de carga no podían arrastrar las mulas, y el taimado muchacho se entretuvo ¡qué inocente! en darle un chasco, arrojando las colas al pozo después de haberse saciado, y colocando las cabezas en el recipiente de la manera que se lo permitió el tiempo para llevar á cabo esta travesura.

Pero no bastó esta taimada idea, sino que, aprovechando los momentos en que su pobre madre le cosía los desgarrones del traje de día de fiesta, corrió de puntillas hasta la cocina, sacó el chorizo del puchero que estaba en el hogar, se le tragó como si hubiera sido una píldora, y bajó como un escopetazo á presenciar la visita de la cárcel.

La autoridad encargada de esta ceremonia había dejado su sombrero en la habitación contigua, en donde la casualidad había hecho que estuvieran los atavíos de coser de su madre.

Parecióle que el sombrero del juez tenía mucho pelo, y tomando las tijeras, se entretuvo en pintar con ellas un mosaico sobre el fieltro. Hasta entonces no había yo visto esquilan un sombrero.

Excuso deciros, niños queridos, cuál sería el castigo

que á tanta travesura se impusiera; basta por hoy aconsejaros que no imiteis la conducta de este niño, porque en el curso de esta sección vereis trazado el porvenir que aguarda á los que desde niños se entregan á tales excesos.

EL PADRE LESNA

TEATROS

Toda la atención del público madrileño está hoy fija en los Jardines del Buen Retiro.

Desde que se inauguró la temporada en la primera quincena del corriente mes, todas las noches una sociedad selecta acude á aquellos deliciosos parajes buscando un rato de solaz para el oído y la vista en los espectáculos y conciertos, y una dosis de oxígeno más respirable que el adulterado que aspiramos en estas raquíticas viviendas de Madrid.

Es muy bello respirar un aire impregnado de fragantes aromas, mientras que el alma se extasia escuchando las melodiosas notas que brotan en armónico torbellino de los instrumentos que dirige el maestro Breton.

La fama de este es bien conocida; nada debo añadir en su elogio.

Las piezas ligeras y divertidas que hasta ahora se han puesto en escena, como *Los Titiriteros*, *La cachucha*, *Carracuca* y otras, agradan sobre manera al público, que pasa deliciosamente los intermedios entretenido con los acordes de la banda de ingenieros; cuyo director es el Sr. Maimó.

Un gentío inmenso invade todas las noches los Jardines del Buen Retiro.

El circo de Price sigue mereciendo la predilección de los hijos de la corte.

El Sr. Parish trabaja activamente por presentar cada día más novedades.

No bien hemos acabado de admirar á Marco, el célebre burro de Mr. Pinta, cuando tenemos que entusiasmarlos necesariamente con la familia Silbons.

Recibieron estos la noche de su presentación por vez primera, una ovación completa, unánime y justa.

Ejecutan unos ejercicios gimnásticos, que no en balde han logrado llamar la atención de los inteligentes de París y de Londres.

No es menos aplaudida la *troupe* de velocipedistas Selbini y Willson, en sus difíciles é increíbles trabajos, así como la danza inglesa que baila Mlle. Lilly.

El público pasa las horas en el circo de la calle de las Infantas con todos los encantos para que trascurran dulcemente.

Digno es el Sr. Parish de la distinción honrada que el público le guarda.

Apolo continúa todavía con el orden de espectáculos que adoptó hace bastante tiempo, dividiéndole en dos partes, para que hubiera para todos los gustos.

Nada diré del esmero con que los artistas interpretan sus papeles, tanto en el verso como en la zarzuela, porque bien sabido es, pero no puedo pasar sin hablar breves palabras acerca de una notabilidad microscópica que en este colisco se exhibe.

Es el niño del tambor.

Todo cuanto de él se diga es poco. A primera vista parece imposible que un instrumento como el tambor, que tan poco se presta á la armonía, pueda admirar á alguien; pues bien: oídlo tocar al niño en cuestión, y os electrizaréis con él.

Verdaderamente el pequeño artista toca de una manera magistral.

No se queden sin verlo y oírlo los lectores de esta Revista, porque vale la pena ir con este fin.

Capellanes es un teatro humilde, pero donde actúa una compañía digna de aprecio.

La empresa también trata de dar variedad á los espectáculos, y sabe conseguirlo.

Todas las obras son bien escogidas é interpretadas. Además agradan al público los ejercicios gimnásticos

y de prestidigitación que en los intermedios tienen lugar.

El salón ha mejorado notablemente, y todo asegura á la empresa felices resultados.

ADELINA MARK

Creemos prestar un servicio á quien pueda convenirle, recomendando especialmente á una profesora de español y de francés, que desea acompañar, como institutriz, en estos meses de verano, alguna familia que piense viajar por las provincias ó por el extranjero. En nuestra Redacción se indicarán las señas.

SOLUCION

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

MA-DA-MA

CHARADA

Primera dos es oficio
de que sirve el jornalero;
segunda tres es dinero;
jugar á todo, ejercicio
que á cualquier otro prefiero.

(La solución en el próximo número.)

JEROGLIFICO



ADVERTENCIAS

Rogamos á nuestros constantes favorecedores se sirvan renovar oportunamente sus suscripciones, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números.

OTRA.—Al presente número acompaña como regalo el pliego 6 de *Los Niños de la Biblia*, para que en el debido término puedan reclamarle aquellos de nuestros abonados que no le recibieren.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20